

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO EN LA NARRATIVA DE JULIO RAMÓN RIBEYRO

María del Pilar Vila

La cuentística de Julio Ramón Ribeyro (1929-1994) pone al lector frente a un espacio agobiado por la miseria y la marginalidad, espacio que permite registrar básicamente los constantes cambios que se operan en la ciudad y que dan cuenta del modo en que éstos afectan al hombre. Ribeyro capta con una fuerza casi visceral la manera en que la ciudad latinoamericana de mediados de este siglo repele al hombre y lo obliga a vivir en los márgenes, de allí que las barriadas conformen el lugar en el que se desarrolla la lucha cotidiana que los hombres deben emprender para sobrevivir. En tal sentido, resultan significativas las palabras del propio Ribeyro cuando dice:

Siempre he mirado el mundo de una manera implacable y lo he visto tal como es, mezquino, sórdido, deleznable, ridículo y cruel. Si hay algo de poesía en lo que voy a relatar es un añadido de mi memoria, que metamorfosea la realidad y la embellece y fruto también de una educación literaria que formó o deformó mi sensibilidad.¹

En su narrativa, es posible registrar de un modo bastante visible, no solo la carencia de afecto, la falta de vínculos, sino también los problemas que la conformación de la ciudad moderna impone a los hombres: el poder de los partidos políticos, el de los medios de comunicación, el del dinero y la creciente presencia de grupos que logran ascenso a través de algunos de los mecanismos de poder. A su vez, estos indicadores de un ámbito que se presenta diferente van acompañados de una presencia que se erige como la figura casi rectora de la

1. Julio Ramón Ribeyro, *Antología personal*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 1994, 2da. ed., p. 225.

ciudad moderna: el burgués, habitante de la ciudad que comienza a percibir los cambios de un modo casi patético. El personaje de «El marqués y los gavilanes», registra esta mutación del siguiente modo:

A cada uno de sus regresos encontró Lima más fea, sucia y plebeya. Cuando avistó los primeros indígenas con poncho caminando por el jirón de la Unión hizo un nuevo juramento: no poner nunca más los pies en esa calle. Lo que cumplió al pie de la letra, amurallándose cada vez más en su casa, borrando de un plumazo la realidad que lo cerca, sin enterarse nunca que un millón de provincianos habían levantado sus tiendas de esteras en las afueras de la capital y esperaban pacientemente el momento de apoderarse de la Ciudad de los Reyes.²

Este es un modo de cancelar la posibilidad de registrar la presencia del otro, y es también una forma de señalar la soledad en la que se mueven los hombres. De allí que en esta ciudad hostil y áspera los personajes circulen sin que aparezcan vínculos familiares, como por ejemplo en «Interior 'L'», relato en el que se registra la ausencia de la madre y los personajes que no están presentes se encuentran casi patéticamente unidos por la enfermedad y por la muerte. La miseria anula los sentimientos. El padre es un marginal y la mujer es una mercancía de cambio. Es la explotación dentro de la explotación. Paulina es considerada como un objeto y como tal es posible de ser canjeada por algo que permita sobrevivir. No importa qué se siente, qué se quiere, solo hay cansancio para luchar, actitud que se visualiza como un rasgo de sumisión.

En este relato circula un tema que, como en otros, tiene gran fuerza: el dinero, nuevo obstáculo que sirve para separar más aún a los hombres y para poner en evidencia que éste es un sitio en el que los pobres y los marginales se hacen notoriamente visibles. Entre ellos no es posible registrar señales de sentimientos; en todo caso los mismos no están explicitados o son ocultados detrás de la terrible monotonía que acosa los seres humanos. Los silencios rellenan los intersticios de los diálogos y explicitan de manera profunda la existencia de un mundo agobiador.

Al respecto dice Alfredo Bryce Echenique:

Ribeyro afirma que en el fondo de sus relatos están «la vejez, el deterioro, la frustración y el perecimiento» y es cierto que el autor quiere darles una voz, al menos una vez en la vida, a aquellos personajes tan suyos que han quedado expulsados del festín de la vida como en una condena que patéticamente parece contener un alto grado de predestinación o, cuando menos, una muda aceptación de una realidad tan dolorosa y absurda como previa y fatalmente establecida. (Ribeyro, 1994, p. 30).

2. Julio Ramón Ribeyro, *Cuentos completos*, Madrid, Alfaguara, 1994, p. 471.

Ribeyro registra en los cuentos la dureza del rostro de la ciudad que se asoma implacable ante los ojos del hombre que ha abandonado el espacio rural para intentar insertarse en un nuevo locus. Los hombres que deambulan por ella desarrollan actividades que están presentadas de modo absolutamente directo, así que al lector no le queda ninguna posibilidad de pensar que algo en ese ámbito podrá ser agradable o que a quienes la habitan les está permitido pensar que se operará algún cambio. Quizá el relato «Un domingo cualquiera» permita registrar de modo preciso la manera en que hay espacios y hombres que no se pueden reunir. Aquellos que forman parte del paisaje ciudadano inician de modo casi paralelo la adaptación y el rito de supervivir. Este no es el único registro de lo que es la ciudad y del rechazo que sienten los hombres venidos de los hinterlands.

En los cuentos de Ribeyro están presentes la conformación de nuevos grupos de poder y el enfrentamiento entre los que tienen abolengo y los advenedizos. En el espacio ciudadano se conforman grupos sociales que a veces están apropiándose de los lugares que pertenecían al burgués heredero de antepasados gloriosos, y otros que surgen de los alrededores en busca de una tierra que les permita vivir.

Se percibe en esta escritura un ámbito que se va a caracterizar por estas fuertes contradicciones que conducen a construir un discurso que dice del modo en que se articulan esos dos ámbitos y, en consecuencia, registra la forma en que aparecen en la escritura dos figuras también casi paradigmáticas en América Latina: el dominado y el dominador. La dominación, que ahora llega de la mano de la ciudad, adquiere muchos rostros: cobradores de impuestos, policía, municipalidad, abogados. Es la crueldad de la ciudad burocratizada que crea un espacio asfixiante, es la ciudad la que ahora los cerca y les quita posibilidades de poder vivir, es la ciudad de la oficina cerrada, del sótano, de los aledaños, del basural.

La ciudad se constituye en un nuevo infierno y los hombres son los nuevos desheredados de la tierra, residuos de una sociedad sustancialmente injusta y antidemocrática quienes son, quizás, los huérfanos que actualizan el discurso de la orfandad. Es que la ciudad se ha transformado, los migrantes se han desplazado a los arenales, a las orillas de los ríos o a los faldeos de los cerros buscando un lugar donde asentarse. En estos sitios tratarán de demarcar un lugar y conformar un espacio propio del que no sean expulsados como lo vienen siendo de los callejones o de los sitios baldíos que existían en el casco urbano. Dice José Luis Romero:

...las migraciones y las polarizaciones sociales que enseguida se produjeron, transformaron a las ciudades en una yuxtaposición de guetos, zonas urbanas poco comunicadas entre sí o con contactos muy superficiales y convencionales. No se

necesitaba mucho tiempo para descubrir que en cada uno de ellos se vivía de distinta manera. Y no sólo era evidente que se diferenciaba el modo de vida de las gentes que vivían en los rancheríos: aún dentro de cada uno de esos sectores se apreciaba una diferenciación que parecía más profunda precisamente porque estaba a veces velada por ciertas engañosas coincidencias anteriores.³

Estos son aspectos que es posible reconocer en muchos de los relatos de Ribeyro y son referencias fundantes del modo en que las ciudades latinoamericanas comienzan a participar de algunos rasgos de la modernidad, rasgos que vienen acompañados por la presencia de la marginalidad y el olvido de esos hombres que son preocupación constante en la escritura de Ribeyro. Su mirada está concentrada en esas tierras que le permiten, en algunos casos, anticipar hechos que marcarán toda la historia de nuestro continente y en particular del Perú. Para Ribeyro, construir el espacio es el único modo de construir un mundo en que los hombres tengan la posibilidad de ser reconocidos como otros y ese espacio es básicamente el de la ciudad. En tal sentido resultan iluminadoras las palabras de Beatriz Sarlo cuando, aludiendo a la construcción literaria de los márgenes, dice:

El escenario de las orillas ya no es el lugar literario de los Otros, considerado como pura ajenidad, como amenaza al orden social, la moral establecida, la pureza de la sangre, las costumbres tradicionales; tampoco se trata solamente de los Otros a los que hay que comprender y redimir. Son Otros que pueden configurar un nosotros con el yo literario de poetas e intelectuales; son Otros próximos, cuando no **uno mismo**.⁴

3. José Luis Romero, *Latinoamérica: la ciudades y la ideas*, México, Siglo XXI, 1976, 3ra. ed., p. 342.

4. Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, p. 180.